Hasta mediados de 1978, el municipio especial de la Isla de la Juventud se llamó Isla de Pinos. Según se afirma, inspiró a Robert Louis Stevenson su célebre novela *La isla del tesoro*. Segunda en tamaño e importancia del archipiélago cubano (es mayor que Barbados, Guadalupe, San Vicente, Martinica, y Malta cabría diez veces en su territorio) tiene más de 88 000 habitantes. De ellos, unos 60 000 son residentes permanentes; el resto es una población transitoria integrada fundamentalmente por estudiantes de La Habana y de las provincias orientales. El 60% de los que allí viven son menores de 28 años y a esa particularidad obedece su nombre actual.

UN ALTO APROVECHAMIENTO ESCOLAR

Haine Cigge tenía 13 años cuando llegó a Cuba y ahora cursa estudios preuniversitarios. Natural del Congo, afirma que quiso estudiar aquí desde que un tío suyo que cursó en La Habana la carrera de medicina regresó a su país y le contó acerca de Cuba y sus habitantes y le habló, maravillado, de sus profesores cubanos.

La nicaragüense Ana Díaz, que hoy estudia en la escuela *Carlos Fonseca Amador*, le manifestó un día a su padre, un arquitecto de Managua, su interés por estudiar en Cuba. Al padre le gustó la idea y, cuando le firmó la autorización para el viaje, le pidió que perseverara en su propósito hasta el final, es decir, que regresara a Nicaragua con sus estudios concluidos.

A María Mateus, alumna de 8vo. grado de la escuela *Hendit Wit Booi*, de estudiantes namibios, y sobreviviente de la masacre de Cassinga, le hablaron en Angola de la posibilidad de estudiar en un país socialista, y cuando conversó allí con los primeros internacionalistas cubanos que conoció, pensó que ese país no podía ser otro que Cuba. Su padre es carpintero; ella quiere hacerse médica y sabe que lo conseguirá si continúa siendo una buena estudiante.

Sidi Mohamed Hamadi tiene 14 años. Dice que es nuestro *pequeño colega*, pues en su escuela es corresponsal voluntario del periódico *Victoria*, de la Isla de la Juventud. Afirma que los estudios que hacen en Cuba él y sus compañeros serán de suma importancia para la República Saharauí, necesitada principalmente de maestros y personal sanitario.

María Robati expresa que no pensó nunca encontrarse matriculada en una escuela como la *28 de Enero*, pero no por eso se olvida de su escuela anterior, una escuelita pequeñita de su Mozambique natal.

Una rigurosa selección precedió el envío a Cuba de los estudiantes extranjeros. Se procuró que vinieran los mejores, según sus índices académicos. En Mozambique, se escogieron entre huérfanos e hijos de campesinos de escasos recursos. Los namibios son muchachos que radicaban en Angola como refugiados. En Etiopía, la selección se hizo entre los hijos de militares muertos en Ogaden. El grupo de estudiantes ghaneses se nutrió de hijos de obreros y campesinos. Las autoridades saharauíes formaron su contingente con jóvenes que por residir lejos de los asentamientos humanos tenían menos probabilidades de asistir a una escuela. Los nicaragüenses son hijos de obreros y campesinos, y también de profesionales.

En opinión de funcionarios del Departamento de Extranjería de la delegación del Ministerio de Educación en la Isla de la Juventud, el aprovechamiento escolar de esos alumnos es, en sentido general, satisfactorio y, en muchos casos, óptimo.

La escuela *Carlos Fonseca Amador*, con un trabajo distinguido desde su fundación, alcanzó la categoría de *vanguardia* en el último curso escolar. Otra escuela, la *Amistad Cuba-Nicaragua*, tuvo una promoción del 92,5% en el primer semestre de este año. En el mismo período, el índice de alumnos que aprobaron en la *5 de Febrero*, de estudiantes congoleses, fue del 95%.

María Nicolasa Trujillo, profesora de biología en la última escuela mencionada y que antes trabajó con los saharauíes, expresa:

Los estudiantes extranjeros tienen un objetivo muy definido. Estudian en escuelas bien dotadas y no fue difícil crear en ellos hábitos de profundización en el estudio. Los escogieron para venir a Cuba, se sienten con una gran responsabilidad ante sus gobiernos y aspiran a responderles con un título universitario o de un instituto tecnológico. Su interés no es aprobar las asignaturas por el mero hecho de cumplir un requisito, sino cursar sus estudios con calidad. El estudio individual que realizan es bueno, y en clase nos estimulan con sus preguntas continuas sobre las materias que impartimos. En escuelas como éstas, el alumno viene a darlo todo, pero el profesor lo da todo también.

Los estudiantes extranjeros se distribuyen en 21 modernas escuelas construidas a un costo de 1 200 000 pesos cada una y con capacidad para 600 personas

OPINAN LOS PROFESORES

Iraides Ramírez lleva cinco años como profesora, y de ellos ha trabajado dos con alumnos de otras nacionalidades. Le pregunté si es más difícil impartir clase a estudiantes extranjeros, y me respondió que el idioma no es una barrera infranqueable, pero que indudablemente los no cubanos recaban una atención mayor del profesor.

Reciben un curso intensivo de español al llegar a Cuba. En esta escuela, donde estudian jóvenes ghaneses, el curso fue de cinco meses, y al cabo de ese tiempo estuvieron aptos para asimilar las materias incluidas en el programa. En otras escuelas, como las de estudiantes mozambicanos, el intensivo de español se ofrece ahora paralelamente al resto de las asignaturas. A ellos, por semejanzas idiomáticas, nuestro idioma les resulta más fácil que a los ghaneses, los namibios o los etíopes, por ejemplo.

Es un trabajo lindo y a mí me gusta; tiene su recompensa en el cariño que nos demuestran los muchachos, que, lejos de su patria, ven también en nosotros a su familia. Antoniette, una alumna que celebró aquí sus 15 años, me dijo un día: "En Cuba, tú eres mi mamá".

Jóvenes etíopes con ropas típicas de su país.